

Ángel Rekalde, Santiago Alba Rico,
Rui Pereira, Giovanni Giacopuzzi,
Jabier Salutregi

11-M

Tres días que engañaron al mundo

Título: 11-M: Tres días que engañaron al mundo
Autores: Ángel Rekalde, Santiago Alba Rico, Rui Pereira, Giovanni Giacomuzzi, Jabier Salutregi
Portada: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703934
Fax 948 704072
txalaparta@txalaparta.com
<http://www.txalaparta.com>
Primera edición de Txalaparta
Tafalla, abril de 2004
Segunda edición de Txalaparta
Tafalla, mayo de 2004

Copyright

- © Txalaparta para la presente edición
- © Ángel Rekalde de "11-M: El otro nervio de la guerra"
- © Santiago Alba Rico de "La vida en el planeta Tierra: el 11-M cotidiano"
- © Rui Pereira de "¡No os inquietéis, es la realidad que se equivoca!"
- © Giovanni Giacomuzzi de "La España del PP"
- © Jabier Salutregi de "11-M: Tres días de engaño que cambiaron un Gobierno"

Fotocomposición

Nabarrera gestión editorial

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.
978-84-8136-305-0
Depósito legal
NA-1136-04



Prólogo

La Gran Mentira

El 11 de marzo de 2004 pasará a la historia por la tragedia de Madrid, los cerca de 200 muertos en esa guerra en la que está inmerso el mundo civilizado que lidera Bush (según sus propias palabras), y también por la construcción de una Gran Mentira. El entonces Gobierno del PP, cuyo caudillo Aznar había aparecido en todas las fotografías de los últimos meses junto a Bush en esa guerra construida para dominar el mundo, intentó ganar tiempo ante unas elecciones generales y así ocultar lo que era una evidencia. Para ello no tuvo reparo en falsificar, manipular y engañar, achacando a ETA y, por extensión a los vascos, la paternidad de lo ocurrido en Madrid. Y en esa tarea encontró aliados para todos los gustos, desde los sectores económicos y políticos habituales, hasta otros más insospechados, reclutados entre las filas de lo que hasta hacía poco era la disidencia tanto vasca como estatal.

Fue la Gran Mentira, diseñada y construida por quienes obtienen del conflicto vasco las razones de su existencia. Fue la Gran Mentira de quienes lideraron una guerra

que pretendieron sin coste alguno. La Gran Mentira se fraguó siguiendo los cánones tradicionales que Napoleón o Goebbels anunciaron en otras campañas. Acebes, Aznar y Rajoy aportaron su grano de arena pero, en lo fundamental, y tal como denuncia este libro, apenas se alejaron de la norma. Quizás únicamente en el volumen.

Esta Gran Mentira será estudiada en un futuro en las universidades y otros foros como el paradigma de la manipulación. Adelantándose a esa evidencia, varios expertos han lanzado sus primeras reflexiones en este libro realizado en un tiempo récord. La ocasión lo exigía. Los autores han sido coordinados por Ángel Rekalde, autor de una tesis doctoral sobre la manipulación informativa de *El País* en las elecciones vascas de marzo de 2000 cuya síntesis fue publicada por la editorial portuguesa Campo das Letras, bajo el título *O Novo Jornalismo Fardado*. Junto a Ángel Rekalde, otros cuatro escritores participan en este libro. Son Giovanni Giacomuzzi, periodista italiano autor de varios libros sobre la cuestión vasca; Rui Pereira, periodista portugués igualmente autor de varios trabajos sobre Euskal Herria; Javier Salutregi, ex director del clausurado diario *Egin* y, finalmente, Santiago Alba, familiarizado en política internacional y el mundo árabe.

Estos cinco trabajos, contrariamente a lo que podía pensarse, parten de una madurez fuera de lo habitual en el manido mundo mediático que nos rodea. Las reflexiones son profundas y ponderadas. ¿Cómo es posible, se preguntará el lector, que semejantes reflexiones hayan surgido en unos pocos días, los inmediatamente posteriores al 11-M? La respuesta es sencilla. De ninguna de las maneras el proceso ha sido tan lineal. Las reflexiones estaban ahí y como hubiera dicho García Márquez, el 11-M ha sido la crónica de una muerte anunciada.

Editorial Txalaparta

I

11-M: Tres días de engaño que cambiaron un Gobierno

Jabier Salutregi

Pocos minutos antes de las siete de la mañana del día 11 de marzo, una furgoneta Renault Kangoo blanca aparcaba con suavidad en la calle Infantado, cerca de las verjas del colegio Daoiz y Velarde, y muy próximo a la estación de la localidad madrileña Alcalá de Henares. De su interior salieron tres personas enfundadas en oscuros anoraks, con la capucha calada y ocultos los rostros tras unas bufandas. Uno de ellos, el más alto, nada más saltar del coche se echó al hombro una mochila, una especie de bolsa de deporte, y tras un leve gesto de despedida a sus dos compañeros se dirigió a grandes zancadas hacia la calle Pedro Alcalá, que discurre en paralelo a la estación del tren de la localidad madrileña.

Con evidente prisa, el hombre alto, al llegar a la altura de la cafetería de la estación, entró en el establecimiento y, como quien realiza el itinerario habitual, prosiguió su marcha hasta acceder al vestíbulo por una puerta de acceso. Ningún revisor se fijó en él. Centenares de personas con similares características, como to-

dos los demás días, se encontraban en el andén a la espera de la llegada del tren de las siete.

La maniobra de la furgoneta, no obstante, fue observada por el portero de una finca cercana que había ido a la estación a recoger los periódicos gratuitos del día y que ese día, 11 de marzo, decidió incorporarse al trabajo uno poco antes para poder así terminar la jornada antes de lo acostumbrado. Al volver del apeadero fue cuando vio estacionarse a la furgoneta y salir de ella a las tres personas medio encapuchadas: «Era muy extraño. No hacía tanto frío como para que alguien fuera tan abrigado».

Algo más profundo debió levantar su curiosidad, dado que se vio impulsado a seguir al hombre alto hasta que entró en la estación del tren. Luego, una vez que le perdiera de vista, volvió sobre sus pasos y observó que también los otros dos habían desaparecido. «El primero de ellos –declararía después– mediría casi 1,90 metros. Parecía fuerte y creo recordar que además llevaba una bolsa de plástico en una de sus manos».

Eran las siete y cuarto de la mañana. Una hora después, el portero del inmueble de Alcalá de Henares se enteraba por la radio de los atentados y las ideas comenzaron a rondarle la cabeza. Todo encajaba y decidió contárselo a Luis del Moral, un vecino jubilado, presidente de la comunidad del edificio donde trabaja. El vehículo seguía allí aparcado y, a las 10:15 horas resolvieron llamar a la Policía.

«A las diez y veinte de la mañana –contó Luis del Moral– los agentes policiales llegaron hasta la furgoneta estacionada y, tras acordonar la zona, inspeccionaron el interior a través de los cristales y miraron por debajo. A las 12 del mediodía un agente abrió la puerta trasera con una palanqueta y metió un perro. A las 13:45 horas, la grúa se la llevó a Madrid».

Antes de que la trasladaran, la escuela fue inmediatamente desocupada, mientras los vecinos blindaban sus ventanas y los centros comerciales cerraban. En el

interior de la Kangoo, la Policía había encontrado siete detonadores y una cinta de audio con versículos del Corán. Era una de las dos únicas pistas investigativas halladas por los agentes de las fuerzas de seguridad a lo largo de aquella trágica jornada en la que diez bombas sembraron la muerte y el terror en cuatro trenes de cercanías de la RENFE. Madrid tembló aquel jueves 11 de marzo, la explosión de los diez artefactos provocó una atroz masacre y también uno de los episodios políticos de más alto calado ocurrido en el Estado español en los últimos veinte años.

Catorce mochilas, cerca de doscientos muertos

Los hechos se produjeron en el interior de cuatro trenes de cercanías de la RENFE que a primeras hora de la mañana, atestados de gente, se disponían a entrar en la estación de Atocha y que habían hecho parada en Alcalá de Henares, localidad donde poco después se encontraría la furgoneta con seis detonadores y los versos del Corán. Los convoyes atacados habían partido entre las siete y siete y cuarto de la mañana.

La secuencia mortal se inició a las 7:39 horas en el interior de la estación de Atocha, momento en el que hicieron explosión tres bombas que habían sido colocadas en un tren que procedía de Alcalá de Henares. A tan sólo quinientos metros, tres minutos después (7:42 horas), en otro tren con el mismo destino, que circulaba junto a la calle Téllez, zona residencial cercana al Retiro, explotaron cuatro bombas dentro de los vagones. Un kilómetro atrás, en el mismo instante que se produjera la segunda explosión (7:42 horas), otras dos bombas destrozaban sendos vagones en la estación de El Pozo del Tío Raimundo. A unos centenares de metros, también a la misma hora (7:42 horas), en la estación de Santa Eugenia, una décima bomba explotaba en el interior de sus vagones.

El balance fue aterrador. Tras las explosiones de la estación de Atocha y la calle Téllez la cifra de muertos se

acercaba al centenar. Sólo en la estación de El Pozo del Tío Raimundo se contaron 67 muertos, mientras que en la Estación de Santa Eugenia, donde estalló la bomba de mayor potencia (20 kilogramos de dinamita aproximadamente) los muertos ascendieron a 16.

Los ataques se produjeron mediante la colocación de mochilas o bolsas de deporte que contenían entre 10 y 15 kilogramos de un explosivo que fue identificado como dinamita, a la que se había añadido clavos y tornillos para ampliar el efecto de la deflagración. En total fueron catorce mochilas las utilizadas por los autores del atentado. Diez de ellas fueron explosionadas por los autores del atentado, tres por los equipos EDEX de desactivación y una fue rescatada por los agentes policiales.

Basta observar el cuadro de horarios de los trenes para percatarse de que la frecuencia de los trenes y su puntualidad permitía concentrar la acción en un punto y multiplicar sus efectos: en el mismo minuto, tres de los cuatro trenes estarían detenidos en las estaciones de Atocha, Santa Eugenia y El Pozo. De este modo se entiende que el primer tren en registrar la explosión fue el que salió de Alcalá de Henares a las siete de la mañana. Para la colocación de las bolsas-bomba los activistas tuvieron un tiempo de entre cinco y siete minutos. El segundo, el que explotaría en la calle Téllez, salió de la misma estación, Alcalá de Henares, a las siete y cinco minutos de la mañana, y estuvo detenido en la citada estación durante cinco o siete minutos. El tren procedente de Guadalajara con destino Alcobendas, y que también se estacionó en Alcalá de Henares, permaneció menos tiempo, un minuto y medio aproximadamente, lo que explica que los activistas actuaran con precipitación y explotaran menos bombas de las colocadas. El cuarto tren, salió de Alcalá de Henares a las 7:42 horas, estuvo parado en el andén durante casi siete minutos. Ciertamente, quien colocó las bolsas-bomba conocía perfectamente los horarios de los trenes y, lo que es más, sabía que el tiempo de las paradas de los trenes en las horas

punta les daba suficiente tiempo para colocarlas y salir indemnes del lance.

Pero, además de las consecuencias humanas, el alcance de las explosiones fue más allá del terror indiscriminado. Si bien las diez primeras bombas destrozaron la vida de casi doscientas personas (el último balance oficial cifraba en 190 los muertos) y 1.430 heridos, la mochila que pudo ser recogida intacta, y que constituyó la segunda prueba objetiva de la investigación, junto al testimonio del portero del inmueble de Alcalá de Henares, consiguió también un efecto demoledor desde el punto de vista político.

Los atentados dislocaron la vida ciudadana de la capital del Estado. La ciudad apenas podía salir de una sensación de perplejidad mezclada con el dolor. Muchos madrileños, a pesar de ser las primeras horas de la mañana, optaron por no salir de sus casas, y las tiendas y bares abiertos permanecían desangelados y semivacíos. Madrid entero se quedó en silencio, sobrecogido por la tragedia.

A los atentados les sucedió un enorme colapso de tráfico causado por varias líneas del metro y porque RENFE suspendió todos los servicios de cercanías, regionales o grandes líneas con destino o procedencia en las estaciones de Atocha y San Martín. Se dieron casos, ante las tremendas retenciones circulatorias, de ciudadanos que compartieron taxis para llegar a sus puestos de trabajo.

Madrid quedó durante horas completamente bloqueada y cercada por miles de personas que no podían entrar, dado que la RENFE también puso en marcha un plan de emergencia por el que se ordenaba a todos los trenes con destino a la capital quedarse varados en las localidades del extrarradio.

La situación de caos fue paulatinamente cambiando hacia la normalidad según pasaban las horas. Al mediodía, la capital madrileña comenzó a retomar el pulso y el tráfico rodado casi se había restablecido, en parte debi-

do a que las calles registraron una intensidad de tráfico un 50% inferior a la de un jueves normal, por debajo incluso de un día festivo.

Otro dato fehaciente que avala el desbarajuste general ocasionado fue el colapso telefónico registrado tras producirse los atentados. La compañía Telefónica llegó a alertar sobre la posibilidad de una «caída» de las comunicaciones en Madrid, dada la saturación de llamadas registradas.

A este respecto los datos no dejaban margen de duda. Entre las nueve y las diez de la mañana el volumen de comunicaciones fue un 700% superior al de una jornada normal, llegando a colapsarse las líneas de los teléfonos móviles durante algunas horas ante el alud de llamadas de los madrileños que intentaban contactar con sus familiares, amigos y allegados. Las colas ante las cabinas públicas se hicieron presentes. El teléfono de emergencias 112 atendió una media de mil llamadas cada hora.

El pabellón sexto de IFEMA, en el Parque Ferial Juan Carlos I, se convirtió en un improvisado tanatorio en el que se depositaron los cadáveres. Los cuerpos de los fallecidos no pararon de llegar hasta pasadas las seis de la tarde, once horas después de que se produjera la primera explosión. Durante estas mismas horas, los hospitales madrileños apenas pudieron dar abasto para ingresar a los heridos que rondaban ya la cifra de mil quinientas personas.

Las formaciones políticas que concurrían a las elecciones al Senado y al Congreso español coincidieron en dar por terminada la campaña electoral.

Primeras versiones

El Ministerio del Interior español apuntó desde el primer momento a ETA como posible autora del ataque realizado contra los trenes e incluso se fue deslizado entre los medios de comunicación que la marca de la dinamita utilizada era Titadyne. A pesar de estas tesis, al-

gunos agentes policiales, reputados como expertos en la lucha antiterrorista, se aprestaron desde primeras horas de la mañana a señalar que el atentado no era «del estilo» de los cometidos por ETA y que tenía que haber sido planificado durante al menos un mes por un grupo de entre 12 y 30 activistas.

La agencia Efe, no obstante, difundió un contradictorio teletipo titulado «Europol había advertido de un cambio *de modus operandi* de ETA» y en cuyo texto se incluían unas declaraciones del director del organismo policial, Jürgen Storbeck, por las que afirmaba que el atentado de Madrid no respondía al «modo adoptado hasta ahora por ETA». Angelo Miotto, a las 9.30 horas, desde Madrid, en conexión directa con Radio Popular de Milán, descartó la hipótesis que apuntaba a ETA.

También el Observatorio Mundial de Terrorismo, organismo de gran prestigio por sus análisis sobre todo tipo de atentados, apuntó cinco elementos por los que descartaba la paternidad de ETA: «ETA, generalmente, avisa con anterioridad a cometer sus ataques (...) tradicionalmente actúa contra objetivos relacionados con la administración, como policías, militares, jueces, o incluso periodistas (...) selecciona objetivos simbólicos (...) nunca ejecuta ataques múltiples».

Pese a las consideraciones de los expertos, el ministro del Interior español, Ángel Acebes, fue contundente en la primera rueda de prensa ofrecida casi seis horas después de los atentados: «ETA ha conseguido su objetivo. El Gobierno no tiene ninguna duda de que ETA está detrás (...) Y es absolutamente intolerable cualquier tipo de intoxicación que vaya dirigida por parte de miserables a desviar el objetivo y los responsables de esta tragedia y de este drama».

Ángel Acebes fue aún más explícito y responsabilizó del inicio de una serie de rumores a Arnaldo Otegi, parlamentario vasco y portavoz de la ilegalizada Batasuna, al que denunció por intentar «desviar la atención y sembrar la confusión para multiplicar el miedo».

Con estas palabras, el ministro salía al paso de las declaraciones que el dirigente de la izquierda abertzale, a las nueve de la mañana aproximadamente, había realizado a una emisora de radio y por las que tajantemente rechazaba cualquier relación de ETA en los atentados, «ni como hipótesis», y aventuraba que la paternidad de los mismos podía adjudicársela al activismo árabe.

A la misma hora que el ministro comparecía ante los medios de comunicación afincados en Madrid, Arnaldo Otegi, en compañía de otros dos dirigentes de Batasuna, Fernando Barrena y Joseba Permach, daba una rueda de prensa en la que volvía a remachar su mensaje inicial: «La izquierda abertzale no contempla ni como hipótesis que ETA esté detrás de lo ocurrido en Madrid (...) ni por los objetivos ni por su *modus operandi*».

Además, el dirigente vasco expresó con «claridad su más absoluto rechazo a lo que ha ocurrido en Madrid».

Las declaraciones de Arnaldo Otegi fueron las únicas de carácter público que en aquellas primeras horas negaban de manera rotunda la hipótesis de la autoría de ETA. En la cárcel de Algeciras, según publicaba el periódico ABC, varios presos entre los que se encontraría Iñaki de Juan Chaos, «decían a los educadores y funcionarios, y a todos quienes les quisieran escuchar que ETA no había sido».

Casi a la misma hora (9:30 horas) en la que el dirigente de la izquierda abertzale negaba por primera vez ante los micrófonos de una radio cualquier relación de la organización armada vasca con los atentados, el presidente de la Comunidad Autónoma Vasca, Juan José Ibarretxe daba a conocer la posición de su Ejecutivo mediante un mensaje institucional. En él, el lehendakari, además de aceptar la versión del Gobierno del PP sin dejar lugar a dudas, afirmó que «ETA está escribiendo su final y sus últimas páginas terribles y desgraciadas (...) quienes cometen estas atrocidades, no son vascos, sino simplemente alimañas y asesinos».

Horas después, la portavoz del Gobierno de Lakua, Miren Azkarate, seguía sosteniendo oficialmente las tesis del ministro de Interior español, Ángel Acebes, y, por ende, las de Ibarretxe. Y ello, a pesar de que el propio Arnaldo Otegi había llamado personalmente a Juan José Ibarretxe para advertirle de que detrás de los atentados no estaba ETA.

Una cascada de declaraciones se sucedieron por parte de las organizaciones políticas y sindicales, organismos institucionales, organizaciones empresariales, clubes deportivos, y asociaciones culturales y religiosas. A tenor de las primeras versiones oficiales y de los primeros posicionamientos institucionales ante los atentados y sus supuestos autores, todos condenaron sin paliativos los atentados y a ETA, por ser la organización autora.

El presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, condenó los ataques y la Eurocámara decretó el 11 de marzo como Día Europeo de las Víctimas del Terrorismo. En una emocionada intervención, el presidente del hemisferio europeo, el irlandés Pat Cox, manifestó su condena a ETA, al igual que el Papa Juan Pablo II y el secretario general de la OTAN, el holandés Jaap de Hoop Scheffer, y otras relevantes figuras de una lista interminable en la que tampoco faltó George W. Bush. «Aprecio mucho la lucha del Gobierno español contra el terrorismo –dijo Bush– y su posición firme frente a organizaciones terroristas como ETA. EEUU está junto a ellos».

El Consejo de Seguridad de la ONU, contra la costumbre de este organismo, aprobó una resolución para condenar los atentados de Madrid, en la que atribuía a ETA la autoría de los atentados. Únicamente Rusia se mostró reacia y propuso que no se citara a la organización armada vasca. Los demás miembros se negaron.

Primeras dudas

Pese a las reacciones, expresadas en sintonía con las declaraciones del Gobierno español, la sombra de la

duda sobre la autoría del atentado comenzó lentamente a propagarse.

Aproximadamente diez horas después de registrarse los ataques contra los trenes de cercanías de Madrid, el periódico *Al Quds al-Arabi*, editado en Londres, recibió una carta firmada por Abu-Hafs-Al Masri, célula de Al-Qaeda, en la que esta organización reclamaba la autoría de los atentados. El documento, que el director del citado medio de comunicación dio por auténtico, se difundió rápidamente al hacerse eco de él la televisión árabe Al Jazeera y la BBC.

Pese al inicial rechazo de su veracidad por parte de las autoridades españolas, otro indicio más vendría a alimentar la duda: la información sobre la autoría de Al-Qaeda incidió en las bolsas de EEUU, donde el Dow Jones anotó, a las 19:50 horas en Madrid, una bajada de 141,55 puntos, cuando instantes antes de conocerse la noticia el mismo índice mostraba una bajada de apenas 30 puntos. El dinero es el primero que huele de dónde viene el peligro.

Pocas horas antes, a las dos de la tarde, el presidente del Gobierno español, José María Aznar, visiblemente desencajado, comparecía ante los medios de comunicación. En su discurso, cuajado de descalificaciones rotundas al terrorismo, no nombró ni una sola vez a ETA. Comenzaba así, por omisión expresa, a extenderse la incertidumbre sobre la autoría de los ataques; no obstante, esta notable omisión causó malestar en el Ministerio del Interior.

También el rey español, Juan Carlos I de Borbón, difundió un mensaje a todos los ciudadanos del Estado por el que pedía «unidad, firmeza y serenidad» en la lucha contra «el terrorismo». No mencionó el monarca español el nombre de ETA.

Una hora antes, a las 13:00 horas, José María Aznar había llamado a los principales directores de los medios de comunicación. Tal y como señalaba el periódico *El País*, Aznar en persona transmitió a Jesús Ceberio, direc-

tor del rotativo, «su convicción absoluta de que ETA está detrás del atentado contra los trenes de cercanías».

A las 20:20 horas de este fatídico jueves, el ministro del Interior español, Ángel Acebes, volvió a comparecer ante los medios de comunicación para insistir que la principal hipótesis de investigación seguía siendo la autoría de ETA; no obstante, el ministro confirmó a esta hora (ocho y veinte minutos de la tarde) que había sido hallada una furgoneta en Alcalá de Henares, sustraída dos semanas antes en Madrid, con siete detonadores y cintas grabadas con versículos del Corán. Para Ángel Acebes, este hallazgo no suponía el desvío de las líneas investigativas: se seguía manteniendo como prioridad la hipótesis de la autoría de ETA, aunque se abría otra vía de investigación que apuntaba al radicalismo fundamentalista árabe. Minutos después transcendía la reivindicación de Al-Qaeda en Londres.

En su comparecencia, el ministro Ángel Acebes reconoció que el explosivo utilizado era dinamita, pero que a causa de las explosiones y la consecuente destrucción de los artefactos, no se sabía ni su sello ni su procedencia. Con esta declaración, el ministro admitía que la Policía desconocía si el explosivo era de la marca Titadyne, tal y como prácticamente todos los medios de comunicación venían insistiendo. Incluso, después de esta comparecencia del ministro, hubo informativos televisivos, como la TVE-1, que en sus ediciones posteriores sostenían que los cartuchos utilizados eran parte de lo robado por ETA en Bretaña. Y tampoco dejaba de ser inquietante que el ministro dijera que se desconocía la marca de la carga explosiva cuando, tal y como aseguran los expertos, normalmente todo cartucho lleva en su composición un elemento que ayuda a descubrir su procedencia.

A las 20:45 horas, José María Aznar volvía a marcar los teléfonos de los directores de los medios de comunicación para ratificarles su convicción de que el atentado era obra de ETA, y explicarles el hallazgo de la furgoneta de Alcalá de Henares con la cinta de los versículos del Corán.

La verdad se abre paso

Veinticuatro horas después de los ataques a los trenes de cercanías de Madrid, las dudas se abrían paso entre la ciudadanía. A las contradictorias declaraciones del ministro Acebes, corroboradas por el ministro español Eduardo Zaplana, se enfrentaban los únicos datos objetivos: la furgoneta hallada en Alcalá de Henares, con los siete detonadores desperdigados junto a las cintas con versículos del Corán, la reivindicación de Al-Qaeda en Londres y, finalmente, el hallazgo de una última mochila intacta en la comisaría de Vallecas que, tras ser analizada, confirmaba que la dinamita no era Titadyne, sino Goma 2 ECO, un material de nueva creación.

Según algunas fuentes, la bolsa-bomba fue descubierta cuando sonó el móvil a las 19:40 horas, lo que podría indicar que quien los programó se confundió: en lugar de fijarlo a las 7:40, hora aproximada en la que explotaron las demás bombas, lo hizo a las 19:40 horas. El mecanismo falló, lo que evitó una nueva tragedia, esta vez en la misma comisaría. De este modo el teléfono y su tarjeta se convirtieron en elementos claves para la investigación.

Pese a ello, el ministro del Interior insistía el viernes 12 de marzo en sostener que la vía prioritaria de investigación seguía siendo ETA. Y el ministro se preguntaba ante los medios de comunicación: «¿Cómo puede ser que después de 30 años de atentados de la organización terrorista ETA la banda no sea la prioridad en la investigación?».

Paralelamente, la ministro de Asuntos Exteriores española, Ana Palacio, envió a todas las embajadas españolas una nota por la que exigía a todos sus embajadores que sostuvieran públicamente que la paternidad de los ataques a los trenes madrileños era exclusivamente de ETA.

Sin embargo, esta organización se encargaría de disipar dudas el mismo viernes. Una persona que habló en nombre de Euskadi Ta Askatasuna hacía público en la tarde del día 12, en sendas llamadas al periódico *Gara* y a ETB, su nula relación con los atentados de Madrid. Para

dar credibilidad a su llamada, el interlocutor solicitó que su voz fuera grabada y poder así contrastarla con la voz de uno de los dos portavoces de la organización armada vasca que el pasado 18 de febrero anunció la tregua en Catalunya. Cotejado este extremo, los técnicos de ETB confirmaron que la voz del interlocutor se correspondía con el portavoz de la rueda de prensa, tal y como el comunicante había señalado.

No obstante, el Gobierno del Partido Popular siguió insistiendo en endilgar a ETA la autoría de los ataques con la ayuda inestimable de los servicios informativos, sobre todo de TVE-1, que llegó a afirmar en uno de sus telediarios que a lo largo de su historia ETA no había asumido varios atentados, por ejemplo, el de Hipercor. Información que hubo de rectificar unos minutos después.

La llamada de ETA fue conocida por la clase política cuando líderes y militantes de todos los partidos se aprestaban a recorrer las calles de todas las capitales del Estado. La noticia recorrió como la pólvora y produjo un sinfín de reacciones contradictorias. Mientras los dirigentes del PP y algunos del PSOE intentaron hurtarle credibilidad, como Javier Arenas, quien afirmó que «no tiene absolutamente ningún valor», o Manuel Chaves que declaró solemnemente que el anuncio de ETA «no me sirve para nada». Otros como el portavoz del PSOE en el Congreso de los Diputados, Jesús Caldera, señaló que «hay que recordar que normalmente ETA no miente, y para desgracia de todos, suele decir la verdad».

Ya el mismo viernes, desde otros países, se oyeron en alta voz las primeras dudas institucionales. Nicolás Sarkozy, ministro del Interior francés avanzaba que «la hipótesis prioritaria ya no es ETA (...). Hoy hay dos tesis, una es la de ETA y otra la del terrorismo islámico». La Casa Blanca evitó mencionar a ETA a la hora de informar sobre las investigaciones del atentado de Madrid y el portavoz presidencial, Scott McClellan, afirmaba que no disponían de «nuevas informaciones sobre quién podría ser responsable» de los ataques a los trenes. En Italia,

Silvio Berlusconi mantenía contra viento y marea la versión oficial española.

Manifestaciones

Las sociedades española, vasca, catalana y de otras nacionalidades en el Estado español rugieron de indignación. El viernes día 12 de marzo, millones (algunos medios cifraban en once millones) de personas salieron a las calles para dar cauce y expresión a su indignación. En Madrid dos millones de personas marcharon bajo un aguacero intenso. Por primera vez en la historia, en la cabecera de la manifestación participaba el príncipe español Felipe de Borbón y sus hermanas las infantas Elena y Cristina. Junto a la Familia Real se situaron el presidente español José María Aznar, los ex presidentes Leopoldo Calvo Sotelo y Felipe González, y los primeros ministros del Estado francés, Jean Pierre Raffarin, de Italia, Silvio Berlusconi y de Portugal, José Manuel Durão Barroso. El presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi y el presidente del Parlamento Europeo, Pat Cox, se unieron a la manifestación a la que también asistieron los máximos responsables de las centrales sindicales y el ex president de la Generalitat Jordi Pujol.

Las calles de Barcelona reunieron a más de un millón de personas encabezadas por el presidente de la Generalitat, Pasqual Maragall. En esta manifestación se vivieron momentos tensos cuando la gente increpó con dureza a Josep Piqué y Rodrigo Rato a los que les llamaron con insistencia feroz «¡asesinos!». Los dos dirigentes del PP, que tuvieron que ser protegidos al final de la manifestación por la Policía y los Mossos d'Esquadra, se negaron a colocarse en la cabecera. Paralelamente a la manifestación, unas trescientas personas protestaron frente a la sede del PP en Barcelona.

En Euskal Herria también miles de ciudadanos se dieron cita en las calles de sus cinco capitales para solidarizarse con los familiares y víctimas de los atentados en Madrid. Las movilizaciones estuvieron marcadas por

la diferencia en los lemas, la participación de unas u otras formaciones políticas, y las diferencias de matiz de las convocatorias: en algunos casos promovidas por el Gobierno de Lakua y, en otros, por diferentes asociaciones como Basta Ya, Foro de Ermua, Fundación para la Libertad y COVITE.

En la manifestación de Gasteiz, algunos centenares de asistentes increparon al lehendakari, Juan José Ibarretxe, con gritos tales como «¿qué plan tienes ahora?» o «¿dónde está Rovira?».

Pero la semilla de la duda germinaba velozmente. Casi a la misma hora en que millones de ciudadanos se lanzaban a las calles, y conocida la noticia del desmentido de ETA, las tesis del Gobierno y su empeño en sostenerlas comenzaron a resquebrajarse: la autoría de los atentados se hizo vital entre la clase política y, cómo no, en la sociedad. Las consecuencias políticas que se podían extraer de lo ocurrido en Madrid eran muy diferentes ante el hecho de que fuera obra de organizaciones islamistas o en la hipótesis de que hubiera sido ETA la autora de la masacre.

La televisión sueca, este mismo viernes, abrió sus informativos con una noticia en la que aseguraba que el Ministerio de Defensa noruego disponía de un documento en el que se apuntaba la posibilidad de que Al-Qaeda atentara en Madrid antes de las elecciones. El diario sueco *Aftonbladet* incluyó al día siguiente, sábado, esta noticia con más detalles. Los documentos, según informaba, habrían sido enviados por Yusuf Alairi, colaborador cercano de Osama Ben Laden, que murió en mayo pasado en una emboscada del ejército saudí. En el citado documento, seis de sus páginas estarían dedicadas exclusivamente al Estado español. En ellas se decía que «España es un objetivo fácil» y que atentar antes de las elecciones presionaría a la coalición para abandonar Iraq.

A últimas horas de la tarde del día 12 de marzo, José Luis Rodríguez Zapatero, Gaspar Llamazares y Juan José Ibarretxe pedían al Gobierno español que aceleraran las

pesquisas al objeto de despejar «las dudas razonables» suscitadas sobre la autoría de los ataques. Ibarretxe llegó a decir que había creído de «buena fe» las versiones del Gobierno Aznar cuando acusó a ETA y a sus seguidores de ser «unas alimañas».

Como contestación a estas exigencias, el presidente José María Aznar aseguraba que «el Gobierno no va a jugar sobre quinielas (...) el Ministerio del Interior está harto de recibir reivindicaciones falsas y de desechar llamadas infundadas. El Gobierno no va a jugar sobre hipótesis; va a trasladar a los ciudadanos información segura». En esta misma línea el candidato del PP a la presidencia del Gobierno español, Mariano Rajoy, aseguraba ser «el primer interesado en que con la mayor celeridad posible se determine la autoría de los atentados». Rajoy expresó su «plena y total confianza» en la labor de las Fuerzas de Seguridad del Estado. El presidente de la Conferencia Episcopal, Antonio María Rouco Varela, afirmaba por su parte que los ataques de Madrid constituían «el atentado más alevoso y sangriento de la historia de terror de ETA».

El PNV, por medio de su máximo representante, Josu Jon Imaz, y poco antes de conocerse el desmentido de ETA, señaló que «la sociedad vasca necesita con prontitud que toda la investigación se haga con transparencia. Y más las miles de personas que están viviendo en directo esta tragedia, que quieren saber la autoría de esta auténtica matanza».

La presidenta de Eusko Alkartasuna, Begoña Errazti, acusó al PP de «no dar los datos para confundir a la población», mientras que el candidato de la coalición Aralar-Zutik por Gipuzkoa, Xabier Sarasua, se limitó a hacer una declaración genérica por la que afirmaba que «la violencia es hoy más inaceptable que ayer».

El dirigente de la izquierda abertzale y antiguo portavoz de la ilegalizada Batasuna, Arnaldo Otegi, volvió a salir, este día 12 de marzo, ante la opinión pública para acusar al Gobierno español de «mentir deliberadamen-

te» y denunciar la actitud de la clase política vasca y del lehendakari Juan José Ibarretxe en particular. El dirigente abertzale vaticinó que el Gobierno estaba a la espera de que cerraran las urnas para acusar de los ataques de Madrid a los islamistas.

Desde Londres, Omar Bakri, un islamista radical afincado en la capital inglesa y supuestamente vinculado a Al-Qaeda, en una entrevista concedida al periódico italiano *La Repubblica* consideraba que era «auténtica» la reivindicación de los atentados de Madrid por parte de un grupo próximo a Al-Qaeda.

El sábado 13 de marzo Euskadi Ta Askatasuna hizo llegar al periódico *Gara* un comunicado en el que negaba su autoría en la masacre de Madrid y subrayaba que los ataques a los trenes estaban relacionados con la política exterior de José María Aznar. «El ataque –decía textualmente el comunicado– es efecto del apoyo de Aznar a Bush».

La organización armada vasca denunciaba asimismo la manipulación llevada a cabo por el Partido Popular y criticaba la actuación del lehendakari, Juan José Ibarretxe, y de los partidos vascos PNV, EA y Aralar. Las actitudes mostradas por los citados partidos exponían claramente, para ETA, la posición de cada uno respecto al conflicto que vive Euskal Herria.

Efectos colaterales

El sostenimiento en el tiempo de las conjeturas del Gobierno español sobre ETA, acarreó también otras reacciones más desagradables. Como consecuencia directa, el colectivo de presos políticos vascos en varias prisiones del Estado fueron objeto de las iras que despertó el ataque a los trenes. En algunas cárceles sufrieron agresiones y en otras los presos vascos fueron sometidos a aislamiento.

Al día siguiente de los atentados trascendía que en el módulo 2 de Alcalá Meco, tres presas habían sido agredidas. Según comunicó la presa Ainara Frade a su

madre «una veintena de presas comunes se acercaron a las tres jóvenes y ante la pasividad de los carceleros les dieron una paliza (...). Si bien otras presas comunes salieron en su defensa, las dejaron ensangrentadas» y las trasladaron a un módulo de aislamiento. En el módulo B3 de Alcalá Meco se hizo una manifestación en la que se profirieron insultos contra los presos políticos vascos. Cuando uno de los prisioneros acusado de pertenencia a ETA intentó entrar en el aula donde sigue unos cursillos, el resto de los presos, azuzados por los educadores, se negaron a entrar mientras él estuviera allí. En el módulo de cumplimiento de Alcalá los presos sociales arrojaron piedras, escobas, palos y sillas desde el patio a las ventanas de los presos políticos.

En Burgos les fue aplicado a todos los presos vascos el régimen de primer grado, el más duro en cuanto a condiciones de vida. En la prisión de Villena, la presa Eider Pérez fue agredida en presencia de los funcionarios. Su compañera Ainara Esteran, tuvo un ataque de ansiedad tras oír la paliza, por lo que hubo de ser conducida a enfermería. En Ocaña I, los prisioneros vascos fueron castigados con aislamiento, al igual que las presas de Aranjuez.

Pero la peor secuela de la política informativa del Gobierno del PP tendría lugar en Iruñea, concretamente en el barrio de San Juan de la capital navarra. Poco antes de las dos de la tarde del sábado día 13 de marzo, un agente de la Policía Nacional española, pistola en mano, penetró en la panadería regentada por Ángel Berrueta, miembro del organismo Gurasoak, y le descerrajó cuatro tiros con su arma reglamentaria, causándole la muerte. Acto seguido, y según apareció en la prensa, el hijo del agente policial se acercó al moribundo y le clavó un puñal para rematarlo.

Pocos minutos antes de este ataque, la esposa del agente policial y madre del segundo de los atacantes había exigido a Ángel Berrueta, a gritos y con amenazas, que colgara un cartel con el lema «ETA no», a lo que éste se negó. Pocos minutos después, el policía nacional, se-

guido de su hijo, bajó de su casa, cuyo portal era contiguo a la panadería, entró en el establecimiento y disparó. El agente, casualidad, actuaba como escolta del líder del PP en Navarra, Juan Ignacio del Burgo.

A las siete de la tarde la Policía Nacional española cargaba contra una muchedumbre que se había dado cita ante el Tanatorio de la capital navarra, ubicado precisamente en el mismo barrio donde había sido abatido Ángel Berrueta. Los porrazos y golpes de todo tipo fueron una constante durante cerca de una hora. La indignación de todo el barrio se hizo patente, pues a la rabia desatada se le sumaban la indignación de quienes no soportaban más agresiones, ni más mentiras.

Pernando Barrena, dirigente de la izquierda abertzale, cuando la cifra oficial de muertos en Madrid se databa en doscientos, manifestó en rueda de prensa que «Ángel Berrueta es la víctima 201 del PP de esta semana (...) existen responsabilidades políticas de Aznar y Sanz ya que el PP ha puesto en la diana a la izquierda abertzale».

La indignación se trasladó a todos los rincones de Euskal Herria. El domingo día 14, jornada electoral, en el transcurso de una manifestación en solidaridad con Ángel Berrueta, caía muerta, víctima de un infarto, Kontxi Sanchiz. Pocos minutos antes, agentes de la Ertzaintza habían llevado a cabo una carga contra los manifestantes entre los que se encontraba la fallecida.

Kontxi Sanchiz, sintiéndose mal, se guareció en un portal cercano, mientras su hija se dirigía a un agente de la Ertzaintza para explicarle lo que ocurría y pedirle ayuda. La contestación del agente autonómico restalló: «Niri bost axola». Cuya traducción al castellano vendría a ser algo así como «a mí me importa un bledo».

Se disipan las dudas

Pero antes de terminar la jornada del sábado, día 13 de marzo, se registrarían nuevas sorpresas. A las 19:40 horas un comunicante que hablaba con acento árabe llamó a la cadena autonómica de televisión, Telemadrid, para infor-

mar de la existencia de una cinta de vídeo en la que un supuesto portavoz militar de Al-Qaeda en Europa, llamado Abu Dujan al Afgani, reivindicaba los atentados de Madrid. El interlocutor especificó que la grabación se encontraba depositada en una papelería sita junto al parque que separa la mezquita de la M-30 de Madrid del tanatorio del que, precisamente, habían partido ese mismo día los cortejos fúnebres de algunas víctimas.

Este mismo día varios miles de personas se manifestaron ante las sedes del Partido Popular en Madrid, Barcelona y otras ciudades del Estado para denunciar la actuación del Gobierno en la investigación de los ataques contra los trenes de Madrid y exigiendo que se les dijera «la verdad» antes de acudir a los comicios generales que iban a tener lugar el domingo 14 de marzo.

Tanto en Madrid como en el resto de capitales del Estado, esta manifestación fue convocada boca a boca por los ciudadanos madrileños a través de los teléfonos móviles e Internet. En Madrid el acto reivindicativo que comenzó ante la sede del Partido Popular, fuertemente custodiado por la Policía Nacional española, siguió hasta las tres de la madrugada del domingo en la Puerta del Sol. Además hubo una “cacerolada” contra lo que denunciaban como manipulación informativa. La manifestación, pacífica y tensa a ratos, y que marcó la jornada de “reflexión” previa al día electoral, finalizó pasadas las tres de la madrugada después de que los manifestantes se hubieran trasladado a la estación de Atocha y hubieran guardado un minuto de silencio.

En una comparecencia de urgencia, el candidato a la presidencia por el PP, Mariano Rajoy, salía al paso de las manifestaciones ante las sedes de su partido alegando que las mismas eran «ilegales» y «gravemente antidemocráticas».

Ese mismo día, los corresponsales extranjeros acreditados en Madrid se quejaron ante lo que consideraban presiones y engaños del Gobierno español para «orientarles hacia la pista de ETA» tras los atentados del

jueves 11 de marzo. Steven Adolf, presidente del Círculo de Corresponsales Extranjeros explicó que recibió una comunicación telefónica el mismo jueves por parte de una funcionaria de La Moncloa, mediante la que le advertía por qué debían considerar a ETA autora de los atentados. «Nos dieron tres razones –señalaba uno de los corresponsales extranjeros–, la primera, que nadie había reivindicado y que ETA tarda varios días en hacerlo; la segunda, que el explosivo era el habitualmente utilizado por ETA. Era falso. La tercera, que ETA no avisa nunca antes de los atentados».

Esta última afirmación, según uno de los corresponsales extranjeros, «chocaba abiertamente» con la realidad, y máxime cuando la llamada de La Moncloa se produjo a las cinco de la tarde, cuando la Policía tenía en su poder desde hacía varias horas antes la furgoneta hallada en Alcalá de Henares con detonadores y una grabación con versículos del Corán. Otra compañera extranjera corroboró estas versiones y añadió que una funcionaria del Gobierno español, encargada de informar a la prensa extranjera, insistió hasta el final en que la autoría de los atentados «es ETA, que no os engañen».

En la Audiencia Nacional algunos jueces y fiscales encargados de investigar los ataques a los trenes de mercancía no salían de su asombro ante la actitud que con ellos mantenía el Gobierno español. Según revelaron fuentes judiciales, el viernes 12 ya había trascendido que, en contra de su opinión personal, fiscales con contrastada experiencia en la lucha contra ETA se habían visto obligados a dejar a un lado la pista islamista, por orden directa del fiscal jefe, Eduardo Fungairiño.

A primera hora de la tarde, poco después de las dos de la tarde del sábado 13, el ministro del Interior español, Ángel Acebes, compareció ante la prensa para señalar con rotundidad que la investigación sobre la autoría de los atentados avanzaba «en las dos vías que están fijadas» y, acto seguido, insistió en que, como había sostenido desde el principio, «la lógica y el sentido común» apuntaban a la organización vasca. Ángel Acebes, tras

agregar que no había ninguna pista nueva relacionada con Al-Qaeda, afirmó que el Gobierno español no había «tergiversado información, ni ha ocultado pruebas (...) el Gobierno ha informado con claridad y transparencia».

Una mala sensación recorrió al electorado cuando TVE, la mayor sostenedora de las tesis del Gobierno español, emitió la noche del sábado, sin previo aviso, la película *Asesinato en febrero*, con guión y producción de Elías Querejeta. Un filme documental que se basa en el atentado del diputado del PSE-PSOE-EE Fernando Buesa y su escolta Jorge Díez por una bomba de ETA en febrero de 2000 en Gasteiz. Daba la casualidad que Telemadrid ya la había emitido el viernes 12 de marzo en horario de máxima audiencia. Curiosamente, según la página web de TVE, el programa previsto era *Noche de fiesta*. Ningún responsable de TVE supo dar explicaciones por el cambio, aunque la Fundación Fernando Buesa expresó su denuncia al día siguiente, por lo que conllevaba de manipulación la emisión de la citada película.

Pero las sospechas de una total desinformación se acrecentaban por momentos. A primeras horas de la tarde de ese sábado día 13, cinco personas fueron arrestadas por las FSE al ser relacionadas con los ataques a los trenes y ser acusadas, concretamente, de «presunta implicación en la venta y falsificación del móvil y tarjeta que se encontraron en el bolso que no llegó a explosionar». La noticia la dio el ministro de Interior, quien por segunda vez compareció ante los medios de comunicación a las ocho de la tarde. Ángel Acebes detalló que tres de los detenidos eran marroquíes y los otros dos hindúes. Con estas detenciones, según afirmó el ministro español, «se abre una vía muy importante para avanzar»; no obstante, añadió, que seguían «sin descartarse el resto de posibilidades».

El mismo día de las elecciones, las FSE llegaron a la conclusión de que la masacre de Madrid, con 190 muertos y casi millar y medio de heridos, fue llevada a cabo por el mismo grupo islamista radical que cometió los atentado en Casablanca (Marruecos) del 16 de mayo de

2003, uno de cuyos objetivos fue la Casa de España en Rabat. Uno de los detenidos, Jamal Zougam, según la Policía española, podría ser uno de los autores materiales del 11-M junto a un grupo de marroquíes de los que trascendió, en principio los nombres de Mohamed Bekkali, un mecánico nacido en Tetuán en 1972, Mohamed Cahoui, obrero de 34 años nacido en Tánger, Vinay Kohly y Suresh Kumar, estos dos últimos hindúes. Tanto Mohamed Cahoui como Jamal Zougam estaban citados en el sumario que el juez Baltasar Garzón abrió tras la desarticulación, en noviembre de 2001, de la célula de Al-Qaeda en el Estado español dirigida por Imad Eddin Barakat Yarkas, Abu Dahdah, encarcelado por tantos delitos como muertos y heridos hubo en el 11-S de Nueva York. Los tres marroquíes, que tenían regularizada su situación en el Estado español, regentaban una tienda de telefonía en Lavapiés.

Al día siguiente, 14 de marzo, el electorado le hizo saber al ministro y al Gobierno españoles que para ellos sólo había una vía posible y que se sentían engañados. El Partido Popular perdió las elecciones.

Fue patético comprobar que la ministra de Exteriores, Ana Palacio, insistía empeñada este mismo domingo, día 14 de marzo, y ante los micrófonos de la BBC inglesa, que en la investigación sobre el 11-M se mantenía «con fuerza» la pista de ETA. El Gobierno español «está siendo transparente» en las pesquisas y, añadió, que se estaba dando «toda la información sobre la investigación».

II

¡No os inquietéis, es la
realidad la que se equivoca!

Rui Pereira

Deduzca el mundo de una premisa falsa, si quiere.

Pero no le exija buen criterio

Carlos de Oliveira, en *Finisterra*

Andan desatinados los periodistas. Debaten en la principal televisión noticiosa por cable de Portugal lo que les sucedió siete días antes, en Madrid. «A mí me llamaron desde Lisboa y tenían información más fresca que yo. Sentí que estaba en Irán», dice uno. «Hemos debido andar muy distraídos. Al menos yo lo he estado, para que no me percatara de nada, respecto a la manipulación de la información» en España, contesta otro. Y un tercero añade: «Hay que reconocer que los medios españoles siempre han mantenido un elevado sentido de Estado respecto al terrorismo». Todos son directores o editores jefe de medios portugueses. Todos han sido enviados a Madrid a cubrir el 11-M. Y todos han regresado así.

La “insospechada” manipulación de los medios por Aznar, Acebes y correligionarios recorrió el mundo, con algunos días de retraso sobre la autenticidad de los he-

chos. La propia manipulación de los hechos se volvió una evidencia que, a cuantos conozcan el significado e historial del “elevado sentido de Estado respecto al terrorismo” del Estado español, sólo sorprende cómo puede todavía constituir una sorpresa para alguien.

Asimismo, resulta necesario subrayar cómo el análisis de los periódicos internacionales demuestra, además de la extensión y gravedad de la mentira promocionada a partir de La Moncloa, la más chocante voluntad de esos mismos medios en creérsela. Una voluntad muy semejante al deseo de ocultar, de no mirar hacia allá, demostrada anteriormente y siempre, sobre cuanto pasa en el Estado español en materia de “terrorismo”. Uno de esos oscuros deseos pascalianos, que nos alertan para las ocasiones en las que «la voluntad de acreditar es más grande que las razones para dudar». De esa vieja meditación de Pascal se alimenta la crónica de los medios internacionales sobre el Estado y el nacionalismo españoles en su lucha contra el nacionalismo vasco y, en concreto, en contra del independentismo y de ETA.

En este particular, la situación en Euskal Herria sólo encuentra semejanza con lo que ocurre en Chechenia y en Turquía, donde morir en huelga de hambre en una cárcel es entendido por las redacciones periodísticas europeas como una nueva moda alimenticia lanzada por los presos políticos del país. Y es precisamente “este particular”, Euskal Herria y “la lucha antiterrorista”, lo que autoriza que la manipulación de la información por Aznar, Acebes, Palacio y demás, haya cuajado tanto, tan lejos y tan hondo, aunque en contra de toda la lógica, más todavía, en contra de la realidad misma.

En este trabajo se resume el análisis de más de 250 artículos publicados entre el 11 y el 16 de marzo de 2004 por periódicos de cuatro países, en torno a la masacre ocurrida en Madrid. Se han consultado –vía Internet– los archivos de *Le Monde* (Estado francés), *The Guardian* (inglés), *Público* (Portugal) y *The Washington Post* (Estados Unidos).

Por supuesto, al tratarse de un examen de los archivos de ediciones *on line* y no al objeto físico, éste no puede ser igualmente sistematizado, de tal modo que se valoren en la misma escala de presentación todos los materiales. Aún siendo descriptiva, la mirada a los contenidos de la prensa internacional cotejada nos deja la posibilidad de hacernos una idea considerablemente exacta de lo que pasó en las redacciones periodísticas de cuatro grandes ciudades de diferentes latitudes del planeta (Washington, París, Londres y Lisboa) tras el 11 de marzo.

La verdad se aleja

Trazando anillos concéntricos a partir de Madrid, la primera conclusión –y curiosa paradoja– es que, cuanto más nos acercamos al lugar de los hechos, menos rigurosa es la información periodística sobre ellos. En otro sentido, la Gran Mentira reduce su talla a medida que nos alejamos. Una curiosa materialización geográfica de la vieja verdad de la profesión que nos enseñaba cómo “periodismo es distancia”. Así, con el paso de las horas y de los primeros días, la “tesis ETA” se diluye muy pronto en la prensa de Estados Unidos, mientras prolonga su vida en Madrid, y su agonía en Lisboa, París o Londres.

El día 12 de marzo, la tesis que inculpaba a ETA y que se propagó durante la jornada anterior ya se encuentra en crisis en las salas de redacción internacionales. La hipótesis islamista, por el contrario, se afirma con hechos (el coche, la cinta con versículos del Corán, la reivindicación de las Brigadas Abou Hafs Al-Masri / Al-Qaeda, las primeras admisiones por Acebes de que podrían existir «otras pistas»). Pero como durante esos días decía un general portugués interpelado en televisión, «uno siempre tiene que creer en un gobierno, ¿no?». De hecho no, como pronto incluso los generales verían.

“¿Cómo había que proceder, entonces?”, sería la pregunta más repetida en el mundo de las redacciones a la hora de dibujar la edición de aquel día 12. La solución es

salomónica: se dan los hechos que la contrarían, pero se mantiene la tesis aunque de modo indirecto: los amanuenses portan la misma negación de los relatos que hacen, aunque se encuentran casi monotemáticamente dedicados a ETA. Y es así que en Inglaterra, Francia o Portugal se pudieron leer una serie de pistas, datos y hechos que miraban hacia Oriente, pero, al mismo tiempo, una cantidad insana de páginas que se extendían en múltiples análisis sobre ETA y el “terrorismo vasco”, su historial y sus acciones como malhechores.

El discurso administrativo, como veremos, es total. Y propicia a los periodistas el respaldo necesario a cualquier mentira mientras ésta se sostenga en una versión oficial. Y no hay nada más oficial que Aznar y Acebes, ni siquiera fuera de España. Aun y todo, a *Le Monde*, ante tan grande evidencia, se le ocurre preguntar, luego de citar la reivindicación islamita: “¿Por qué ni el señor Aznar, ni el señor Rajoy, ni el rey Juan Carlos han citado a ETA en sus intervenciones?”. Era el principal artículo del rotativo francés sobre el tema, en la edición del 12 de marzo, que llevaba como titular: “Numerosas interrogaciones sobre la firma de Al-Qaeda, aunque la pista vasca sigue teniendo mayor relevancia”. Es la versión “Ní”, una mixtura extraña entre el no y el sí.

En la misma edición, los franceses escriben como subtítulo en uno de sus artículos, “La molesta pista islamista”... Más adelante, otro titular demostrando cómo “la pista árabe gana terreno”. La misma edición destacará el «regreso sangriento de ETA a la escena política española» y recordará en más de 1100 palabras de dos artículos, cómo no solamente ETA hizo «su irrupción en la escena política española apenas algunos días antes de las elecciones», sino que lo hizo cometiendo «en Atocha el más sangriento atentado jamás realizado». Distintos reporteros de *Le Monde* se desplazan, tanto a Madrid y otras ciudades españolas, como a ciudades vascas de uno y otro lado del Bidasoa. A ETA se le aplicaba, toda la hermenéutica disponible en tan breve espacio de tiempo. ¿Estaría en plena escalada?, o más bien, ¿se había

tratado de la desesperación resultante de la cooperación entre las autoridades galas y españolas que en los últimos años sucesivamente habían decapitado a lo que desde Madrid se llamó «la hidra terrorista»?

Cada detención, cada redada, cada entrega directa son escrupulosamente enfatizados a lo largo de páginas que llenan los espacios informativos en Francia pero también en Portugal. Es, igualmente, el turno de los expertos. En distintos idiomas, todos se pronunciaban en el condicional: «De haber sido ETA...», para posteriormente decir una obviedad: «se trataría de un cambio estratégico radical». Citado en la edición de *The Guardian*, del 12 de marzo, uno de esos expertos, profesor en el departamento de estudios sobre Defensa en el King's College, llegaba más lejos. No le parecía una operación de ETA, pero la tan fuerte insistencia del Gobierno español aconsejaba que las sospechas sobre esta organización no fuesen ignoradas. Lo que es, en cualquier caso, una pobre síntesis para tanta inversión de esfuerzos telefónicos y diplomáticos.

Desde Madrid, el corresponsal del diario británico llamaba al segundo lugar de su jerarquía noticiosa lo que consideraba «la fuerte negación emitida por la gente del prohibido partido separatista Batasuna, que usualmente rehúsa criticar al grupo (ETA)». O sea, el corresponsal del *The Guardian* daba cobertura a la tesis de aquellos a los que Acebes, a primeras horas de la mañana anterior, consideraba «unos miserables». Igualmente el experto londinense citaba al eurodiputado Koldo Gorostiaga, para luego barajar la posibilidad de que una nueva generación etarra («gente más joven que suele aparecer en vídeos recientes de la organización exhibiendo armas»), pudiera haberse hecho con el control de la máquina, sin sentirse, por su juventud y por personificar un relevo generacional, sometida «a los mismos constreñimientos políticos» que sus mayores.

No se trata de una elucubración sencillamente ridícula como pueda parecer a cualquier lector vasco medianamente informado sobre su tierra. Es, por una parte,

el resultado del plano quinquenal de propaganda de los últimos cinco años de poder del PP. Y, por otra parte, la necesidad de resolver otra de las inconsistencias y contradicciones que el Gobierno español dejaba como herencia a los expertos y periodistas que supuestamente deberían secundar sus tesis: tal y como señalaba otro de estos expertos británicos en la misma edición del periódico, en los institutos de defensa internacionales se separa lo que es el llamado “terrorismo político-nacionalista” del que emergió bajo la fórmula del “mega-terrorismo internacional”. Una de las líneas divisorias más importantes que separan a ambos grupos es la que atribuye al primero, como objetivo central, la resolución negociada de los conflictos. Mientras el segundo no presenta ningún cuaderno de reivindicaciones específicas ni ninguna instancia de interlocución. A éste no se le plantea el problema de obtener el apoyo de la población, al revés de lo que ocurre con el primero.

Atendiendo a estos parámetros, no puede pedirse a nadie que integre los equipos de teorizadores del problema, que aparezca de un día al otro poniendo del revés todo lo hasta entonces sistematizado incluso por él mismo. Y justamente ésa era la petición de Acebes al imputar a una organización incluida en el primer grupo, una acción típica del segundo. La cuadratura del círculo tiene límites mucho más estrechos fuera de La Moncloa.

Pero aun y todo, ahora en inglés, en las páginas de *The Guardian*, se hacía una cronología de las actuaciones de ETA y, en línea, el periódico hacía una curiosa entrega de un “Questions & Answers” sobre la organización armada vasca. Curioso porque, en ningún momento, se le aplicaba a ETA el calificativo de “terrorista”. En otras entregas de la misma edición *The Guardian* designaba a la organización como “grupo paramilitar vasco”.

En lo que toca a los portugueses, andamos más sintonizados con la versión madrileña oficial. Las cadenas televisivas abrieron su mañana informativa con las terribles imágenes de los trenes acompañadas de la mentira de Acebes. Corresponsales españoles en Lisboa hacían

el coro, sobre el legítimo dolor y su ilegítima imputación. A veces, algún solista despuntaba. José Saramago, a media mañana del 11 por teléfono, decía: «no entiendo cómo alguien de buena fe puede negar la evidencia de que los asesinos de ETA han sido los autores de esta barbaridad. ETA no quiere, no ha querido nunca negociar. Es una organización criminal».

Por cierto, siempre podrá decirse que justamente ésta es la consecuencia lógica de pedir opiniones sobre temas de física nuclear a un cocinero. Pero a Saramago alguien le habrá hecho algo demasiado bueno, o excesivamente malo como para que se le enturbie la perspectiva hasta el punto que suele pasarle respecto al tema vasco. Quizás sea un simple mareo del Pirineo. Pero, la verdad sea dicha, nunca se equivoca al hablar de los vascos, ¡nunca!

Con tanto Saramago, tanto corresponsal de Madrid en Lisboa, tanto Acebes, algún Aznar, no había Al-Qaeda que lograra convencer en Lusitania. ¡Ojo! Que el Gobierno se desmarcó. Luego la ministra de Asuntos Exteriores de Portugal, una versión mejorada de la inmejorable Ana Palacio, condenaba “el terrorismo” agregando que siempre es lo mismo, fuera en Nueva York, fuera en Madrid. No faltaban avisos a navegantes.

No obstante, al día siguiente, 17 de los 19 artículos del diario *Público* consagrados al problema de la autoría de los atentados, imputaban a ETA la autoría del atentado. Directa o indirectamente, explícita o implícitamente, mediante procesos que veremos repetirse en gran parte de los periódicos y artículos, intentaron probar cómo la vaca no es un animal doméstico que da leche.

El contrapunto vino pronto. Pero llegó del otro lado del mar. Los de *The Washington Post* (el mítico rotativo que derrumbó al presidente Nixon en los setenta) tuvieron oído más duro. Su noticia principal, portada del día 12, relataba, ante todo, las explosiones. Sólo en el tercer párrafo aparecían las imputaciones «de miembros del Gobierno y de los medios» en contra de ETA, para resaltar,

en el párrafo siguiente, el hecho de haber sido encontrado el coche y los materiales de la cinta con versículos del Corán. Luego aparece Acebes, retratado como un ministro, por así decirlo, normal, subrayando que ninguna pista debería ser minusvalorada. Y en seguida, otro hecho –parece que hemos entrado en el misterioso reino del periodismo, con los hechos sucediéndose antes que las opiniones y las creencias–: la reivindicación recibida en Londres a últimas horas de la tarde anterior.

Podrá decirse que los de Washington se beneficiaban de cinco horas de ventaja, gracias a la diferencia horaria. Pero más bien parece ser que se hayan atendido a los hechos más que a las indicaciones de un Gobierno que, en realidad, todavía hoy, no se habrán enterado dónde se ubica exactamente. Así que han quedado más libres para ejercer su trabajo periodístico que, como algunos por cierto recordarán, solía en otros tiempos exigir justamente eso: libertad y mente limpia.

Por lo demás, tampoco han prestado gran servicio a la Corona en lo concerniente a ETA. «Históricamente –según se cree en la redacción de *The Washington Post*, a pesar de cuanto sigue diciendo el Gobierno de Madrid– la mayor parte de los ataques de ETA tuvieron como dianas a oficiales gubernamentales y policías». Es más, la organización que los imanes de Madrid tachan de «mafiosa, nazi, criminal, demente» y otros calificativos, parece a los mal esclarecidos periodistas norteamericanos que «se encuentra luchando para liberarse de España desde los años sesenta». Eso lo han puesto y hasta firmado en línea justo el 11 de marzo de 2004, dejando relucir que en la sede del rotativo de la capital norteamericana todos tenían claro lo mismo que en los pasillos de La Moncloa o de la Zarzuela nunca había estado oscuro: ETA no tenía nada que ver con lo que acababa de suceder.

Refrescado por el aire del Atlántico, el editorialista del día en el *The Washington Post*, sobrevuela la infelicidad del Gobierno español sin casi percatarse de que existiera. «La Policía inculpó inicialmente a ETA, pero más tarde ha descubierto pruebas que hacen girar la vista hacia

Al-Qaeda». Y el enredo se iba en busca de la colaboración entre los Estados en la «guerra al terrorismo», con énfasis en el hecho de que el presidente norteamericano estaba, en este apartado, menos solo de lo que a algunos pudiera parecer. Ellos sabrán. Respecto a nuestro asunto, *The Washington Post* cerraba el día y seguía en lo suyo.

La mentira se acerca

Pasado el primer impacto, que dejó aturdida a toda la crónica de la víspera, el sábado día 13 nace bajo el signo de la inquietud informativa. Muchos periodistas se sienten rehenes de sus primeras versiones. Aunque resulta ya meridianamente claro que eran escandalosamente falsas.

No era por esos momentos posible saber, al menos en el exterior, el cómo, cuándo, dónde y en qué preciso momento de la mañana del jueves, nació y ganó piernas para caminar por sí sola, la imputación de los hechos a ETA. En qué sótanos de los aparatos estatales, de la Policía o de los Estados Mayores político partidarios, se generó el absurdo. En contrapartida, era ya posible, el sábado, tener una idea muy clara del porqué. En las razones inmediatas se sabía que toda la política vasca anterior desarrollada por el PP saldría reforzada, con lo que ETA pasaría a representar de haber cometido los atentados. Pero habría más.

Se sabe que la propaganda intoxica también a sus mentores y ejecutantes. Sobre todo si se ejerce continuamente a lo largo de años y años. Es probable que José María Aznar tenga del nacionalismo vasco institucional y más aún del independentismo, la opinión que tan brutalmente dejó expresa en ocasión del atentado de ETA en Santa Pola, en agosto de 2002: «basura humana». La atmósfera mental madrileña respecto a lo vasco, sea en los pasillos del gobierno sea en la salas de redacción, está formada por décadas del envenenamiento que acabó por intoxicar unos brujos que deberían de crear la po-

ción mágica pero no tomársela. Toda la teoría del desarrollo de la propaganda estrictamente basada en la repetición, esa técnica del martillo incesante, tiene este inconveniente: termina haciéndoles creer en su mismo invento a los que solamente tenían que inventar. El monstruo se traga a su amo sin respeto ni decoro.

Si se hace una pequeña reseña de las técnicas y los argumentos utilizados para amparar el demencial disparate de Ángel Acebes, nos encontraremos, a lo largo y a lo ancho de todas las coberturas periodísticas que la han acogido, con dos grandes ramas dialécticas.

En primer lugar, la mentira sin historia, sin pasado, estrictamente basada en la versión que se improvisaba por teléfono y rueda de prensa a partir de los salones de La Moncloa respecto a los hechos y a medida que las necesidades imponían más y más versiones, detalles, declaraciones...

Y en segundo, nos encontramos ante la más antigua, por llamarle algo, contratastación de pedigrí, respecto al conflicto entre los nacionalismos vasco y español. De hecho, sea el guión de las "explicaciones" directas de Acebes, sea el más rancio libelo ubicado en un punto indefinido entre Alfredo Semprún (lo de la base de submarinos de ETA en el puerto de Baiona) y del Olmo o Calleja (los de siempre), sobre Euskal Herria, se ha podido leer de todo.

Este guión clásico sobre el independentismo vasco y muy concretamente sobre ETA infecta una enorme cantidad de artículos y supuestos razonamientos de sospechosos analistas que reanudan, durante la tarde del día 11, la basura de los archivos en que suelen navegar cuando se meten a hablar de Euskal Herria. El tema estrella es Hipercor, un acto «deliberadamente planeado para parecer una falso alarma» y poder así matar a más gente, (diario *Público* del 12 de marzo, con derecho a titular autónomo y frecuentes repeticiones a lo largo de la edición). Y, en la misma edición, «la violencia no es una estrategia de ETA, es su misma naturaleza. ETA habla frecuente-

mente en treguas pero no ha admitido nunca abandonar las armas»; «los no nacionalistas han vivido en un régimen de terror. A partir de mediados de los años noventa, un 10% de los vascos ha abandonado Euskadi para huir de la violencia y de la amenaza cotidiana»; «la lógica (del 11-M) sería la de siempre: o bien nos dan lo que exigimos o bien será el infierno», etc.

La otra cara de la moneda consistió en presentar “el éxito” de la “política antiterrorista” del Gobierno Aznar. Ahí las voces discrepan todavía menos. Se escribirá en todos los idiomas: «Las luchas en contra de la organización independentista armada vasca y de los extremistas islamistas constituyen dos caballos de batalla de José María Aznar. Dos adversarios a los que Aznar ha combatido con determinación durante su mandato», escribe *Le Monde*, en su edición del 12 de marzo.

Ese mismo día, *The Guardian* habla de los «sucesos recientes en contra de ETA», recordando cómo «el declinar del grupo (ETA) en los últimos años ha sido espectacular» y relacionándolo con el hecho de que «mister Aznar, quien sufrió un atentado en 1995, hizo de la batalla en contra de ETA una de sus más principales prioridades». En su primer editorial después de los ataques en Madrid, *The Washington Post* subrayaba igualmente cómo «endurecido por la larga lucha de España en contra de ETA, el líder español entendió mejor que ningún otro dirigente europeo la amenaza planteada por los terroristas contra las democracias modernas». Y agregaba que «fueran de ETA o de Al-Qaeda, los terroristas que atacaron ayer pretendían sin ninguna duda castigar a mister Aznar por su firmeza, así como persuadir a los españoles de abandonar sus políticas» antiterroristas.

En Portugal las apreciaciones respecto a la cruzada anti-ETA del Gobierno español se extienden al reino de la alabanza infinita. Se habla de su «impecable política antiterrorista» y se retoma la línea del líder clarividente e incomprendido: «Aznar hizo de la lucha sin treguas en contra del terrorismo de ETA uno de sus objetivos cen-

trales. Muchas veces no le han entendido en Europa», *Público*, edición del día 13.

Se traza otra línea de concordancia generalizada respecto a la autonomía democrática. De Washington a Londres, de París a Lisboa se enaltece el hecho democrático de la amplia autonomía de la Comunidad Autónoma Vasca. Algo que, a pesar de todo no logró apaciguar la insana furia de los etarras, como se dice o sugiere. «Fundada para luchar contra la brutal supresión de lo vasco bajo el consulado de Francisco Franco, (ETA) siguió existiendo mientras España se democratizaba y transfería a los vascos niveles cada vez mayores de autonomía», relata *The Washington Post* (13 de marzo), para concluir: «Casi todas las demandas de los nacionalistas vascos han sido atendidas a lo largo de la última década. Los vascos dirigen su región [...] recaudan sus impuestos, tienen su policía, hablan su lengua y disponen de emisoras propios de televisión y radio».

«Los más altos niveles de autonomía» son también un lugar común en la prensa portuguesa mencionada, en la cual se incluye el diario *Público* que, una vez más, no faltó a la llamada: «ETA nació en 1959 y hasta la muerte de Franco, en 1975, libró una lucha sin cuartel contra Madrid. Sin desistir ni después de que, con la transición hacia la democracia, los vascos hayan recuperado los instrumentos de su autonomía y la posibilidad de hablar su lengua». (edición del 12 de marzo, en un artículo donde no le faltará espacio tampoco a Sabino Arana, fundador en su tiempo de un «nacionalismo basado en la idea de raza y pureza de sangre»). ¿Qué diríamos si faltara este detalle?

Pero ni la antigüedad lograba soportar una falsedad tan cercana y, peor, tan burda como la que corría. El 12 de marzo, *The Washington Post* agregaba un obstáculo difícil de ignorar, al abrir, en la página 15 de su primer cuaderno Ahí, la noticia “Pistas señalan a terroristas islámicos” citaba a «fuentes oficiales norteamericanas» para quienes era «todavía muy pronto para decir si la responsable fue Al-Qaeda o alguna de sus organizaciones afiliadas».

La diplomacia intelectual

Aprovechar la tragedia de tanta gente humilde, como subrayan ellos mismos en beneficio electoral propio, como empezaba a parecer, es más que una simple tarea de impresentables. Se trata de una labor difícil e ingrata. Quizás por esto, el sábado llegó la caballería.

Jon Juaristi sabe que cuando en Lisboa el diario *Público* saque al día siguiente (13 de marzo) su artículo escrito en la víspera, nada de lo que dice tendrá la mínima validez. Lo mismo le pasará a Elorza. Cuando portugueses y franceses lean la entrevista que ofrece al diario *Público* y el artículo publicado por *Le Monde* el mismo domingo 14 de marzo, ni una sola de sus palabras tendrá desperdicio en los anales del embuste. Hablan y escriben. Como siempre, lo de siempre, pero ahora se juegan el riesgo de estar frenando el viento con sus manos a vista de todos.

Cuando se lee a Juaristi anunciando al comienzo de su artículo “Aconteció lo peor”, el lector se inquieta. No sólo de imaginar lo que sigue, sino porque ya sabe que fue encontrada la furgoneta con el material explosivo y la cinta coránica. Porque sabe que ETA ha negado, que Batasuna lo ha reiterado, que Al-Qaeda ha reivindicado y que un alto dirigente religioso islámico en Londres le ha concedido a la reivindicación su visto bueno y respaldo. Sabrá también el lector de Jon Juaristi que las especificaciones de los materiales utilizados en las explosiones se mueven en la dirección opuesta a ETA, y se entera también, en ese mismo sábado, 13 de marzo, que expertos de Noruega presentan materiales de análisis que permiten imputar a Al-Qaeda lo ocurrido, a partir de materiales de la misma organización de Ben Laden. La víspera, el Observatorio Internacional del Terrorismo (ITO) en Estados Unidos descartó muy pronto, al igual que Europol e INTERPOL, la “tesis ETA”.

¿Qué decir de todo aquello?, ¿qué tenía que decir el director del Instituto Cervantes, metido a Sancho de la pluma para la prensa internacional? Pues nada: «Lamento haber acertado: ETA y terrorismo islámico son ya in-

distinguibles en sus formas de actuación». Punto. Tiro en el portaaviones... propio.

Como no resulta, la Plus Ultra para la prensa occidental pide refuerzos. A la mañana siguiente, el ubicuo Antonio Elorza aparecerá confuso y confundido: «un atentado de Al-Qaeda no me sorprendería. Lo que sí me sorprende es que coincida con [los planos de ETA]. ETA iba hacer lo mismo hace diez días y Al-Qaeda se lo hace... ocurre a veces en la Historia que dos bandas quieren hacer lo mismo y quieren hacerlo de la misma manera. Y de ser así nos sorprendemos y punto». Mejor hacer punto, porque la conclusión no logra convertir a los menos escépticos: «[Los atentados] son del estilo de Al-Qaeda. Pero son también del estilo de lo que se pensó respecto a las dos camionetas de ETA que hace diez días se acercaron a Madrid con 500 kilogramos de dinamita. Sin las camionetas, la paternidad de ETA podría cuestionarse, pero así, estoy convencido de que sigue siendo la más probable»...

Mil quinientos kilómetros más allá, el lector francés escuchará a Antonio Elorza la misma historia de las camionetas, luego de considerar que «la hipótesis Al-Qaeda tampoco es un absurdo». «De hecho –prosigue– se puede poner en duda que ETA quisiera provocar una masacre de tal amplitud (...) pero la media tonelada de Cuenca suponía un poder de destrucción todavía más grande». Por otra parte, «había buenas razones para que alguna rama del terrorismo islámico quisiera darle una lección al eslabón más flojo del frente de Azores»... Cómo no, pero ¿en qué quedamos? Pues, en nada. Porque hay momentos en los que la patria nos llama y no reclama solamente la manipulación del intelecto. Con inusual voracidad exige la propia cabeza.

Aquel sábado llegó muy negro. El sábado de las manifestaciones, el sábado-Teherán, desde donde, bajo el alias de Madrid, los reporteros hacen críticas coberturas en directo de las manifestaciones delante de la sede del PP. Perplejo, uno de ellos entrevista a manifestantes en la calle Génova. Les pregunta si les parece “normal”

convocar manifestaciones en día de reflexión. La gente dice que quiere saber la verdad. «Por toda Europa se sabe quiénes han hecho aquello. Sólo aquí no nos lo dicen», clamaba un chaval.

El embajador se enfada

Muchos otros oráculos de turno han tenido su oportunidad. Por las páginas de los periódicos nos encontramos con Florencio Domínguez, Javier Pradera, Gorka Landáburu, los inefables editoriales de *El País*, ABC y *La Razón*, o la incombustible figura del «ex militante de ETA que no quiere ser identificado por razones de seguridad». En general, no aportan más que los anteriores. Fernando Savater, después de sus primeros alardes, en esta ocasión no dice ni pío. Al menos que se oyera puertas afuera... Dios sabe de todos pero cada cual sabe de sí mismo, como suele decirse por Portugal.

Si la extensión intelectual del Gobierno español se encamina por tales derroteros, su diplomacia formal lleva mejor camino. Lisboa resultó un caso muy típico. Aquí existió hace mucho tiempo, un carismático embajador de España, Raúl Morodo. Un hombre que, además de su prudente trayectoria diplomática, dejó en Portugal muchos amigos. Una voz sensata y que, todavía hoy, pasados muchos años desde que partió, sigue mereciendo el respeto y afecto de muchos portugueses, lo que no sería poco decir, para un representante español en la capital portuguesa.

Pero lo que de Morodo no quedó en Lisboa fue una semilla, una tradición. Sus sucesores no consideran la amabilidad como algo inherente a la diplomacia. Cantidad de veces se les ha visto enfadados con los periodistas, o haciendo comentarios poco simpáticos sobre sus otrora súbditos y hoy anfitriones y vecinos. Actualmente en ejercicio en Lisboa, don Carlos Carderera Soler, es todo un caso. Como habría que reconocerle también el mérito a quien fuera su antecesor, don José Rodríguez-Spiteri Palazuelo. Los dos han protagonizado sendos epi-

sodios de lo que los portugueses, especialmente entre las capas más populares, conocen, divertidamente, como “la furia española”. Don José perdió los nervios y dos decibelios en la ocasión en que fue llamado por una cadena de radio para que comentara el Informe Anual de TAT, en el año 2000, sobre el tema de la tortura, que iba ser presentado públicamente en Portugal aquel día (24 de abril). Interrumpió a la periodista que le interpelaba por teléfono, insultó como propagandistas del terrorismo a los portugueses que participaban en la iniciativa, y al final, para tranquilidad de los oyentes, terminó la charla con una protesta bien alta.

Por su parte, a don Carlos Carderera le tocó el infortunio de la directiva de su ministra, Ana Palacio («uno de los peores titulares que ha tenido el Ministerio de Exteriores», en opinión de Morodo¹) instruyendo al personal diplomático para que inculpara a ETA en los atentados, y que promovieran contactos con los medios en cada país para difundir esa tesis. Don Carlos Carderera, nombrado para Lisboa mediante el Real Decreto 931/2002, de 6 de septiembre, según reza el BOE, había conocido antes destinos más tranquilos, como Turquía, uno de esos países en que, como en el País Vasco, no sucede nada.

Pues otro tanto no ocurre en Lisboa, ciudad con mala memoria que reserva a la dinastía de Bourbon una cordialidad sin duda amistosa (Juan Carlos, antes de llegar al trono, creció justo al lado, en Cascais y Estoril), pero una relación (también) recónditamente “felipesca”. Ingratas y penosas memorias del año 1580, cuando Madrid se tornó capital de Portugal durante 60 años, que subterráneamente llenan el recuerdo menos consciente de los pueblos y se eternizan hasta que se les explique que no tienen razones para seguir con tan mala leche, o bien se los conquiste de nuevo.

1. «La ministra de Exteriores, una de las más ineptas que tuvimos en la Historia de España envió una instrucción a todos los embajadores ...», Raúl Morodo, entrevista a *Diario de Noticias*, Lisboa, 28 de marzo de 2004.

Así que llegado de la tranquila Ankara, a don Carlos Carderera le llega con el 11-M y la fina sutileza política de Ana Palacio, su prueba de fuego diplomática en la capital portuguesa.

Relata el diario *Público* en su edición del sábado 13, que también los portugueses han sentido lo ocurrido en Madrid. ¿Cómo no? Pero, gente de introversión casi milenaria, no ha comparecido multitudinariamente ante la Embajada española para rendir su homenaje a las víctimas. Como si fueran protestantes, tendrán entendido que no necesitaban de la intermediación teológico-diplomática para sentir lo que nadie puede dejar de sentir respecto a lo sucedido. «El patio de la Embajada de España en Lisboa se llenó ayer, a primeras horas de la tarde, de manifestantes que rindieron homenaje a las víctimas de los atentados (...) La manifestación se prolongó por la tarde, después se dirigió, al Consulado y cuando llegó el momento del minuto de silencio, a las seis de la tarde [de Lisboa] solamente quedaban escasas docenas de manifestantes. Quienes habían esperado grandes movilizaciones se desilusionaron».

A las ocho de la tarde, del viernes 12, cuando coge el teléfono al periodista de la cadena de radio TSF, la más importante del país que le acoge, don Carlos Carderera estará totalmente fatigado. Acaba de recibir las condolencias de la clase política portuguesa y de la pequeña multitud antes aludida. La pregunta del reportero no puede resultarle más inoportuna. Lo que quiere no es darle las condolencias personalmente, sino preguntarle si acaso no habría, también él, recibido una instrucción de la ministra en la que se ordenaba a los embajadores que...

Don Carlos corta. Explica con paciencia al periodista, del otro lado de la línea, que a él no le hacen falta instrucciones para responsabilizar a los terroristas de ETA de lo sucedido en Madrid. Añade, además, que aquél no era momento para detalles como ese que estaba planteándole...

El periodista se explica. No tiene nada que ver. La noticia está circulando, se le pide al embajador un comentario de lo más natural... y es más, añade el periodista, «constato que, usted, señor embajador, no ha negado la existencia de tal documento»...

Es entonces cuando don Carlos se desborda. Le inquiere al reportero cómo puede dirigirle esa pregunta en un momento tan doloroso. Se excita con sus propios argumentos y eleva los decibelios cuando el periodista intenta interrumpirle, al decir que «no esta sustentando la información, sino buscando su confirmación». Pero era demasiado tarde para el embajador. A gritos subraya la insultante inconveniencia de la pregunta, antes de concluir la charla descolgando abruptamente el teléfono. Don Carlos estaba en directo, ante miles de oyentes...

Pero aquel mismo día, en las páginas de *Público*, el embajador español en Lisboa había cumplido con las indicaciones de su ministra, en una más bien cómoda entrevista cuyo titular ya era, por sí mismo, sugestivo: «Si Al-Qaeda ayudó, eso no cambia nada». El periódico trataba de ayudarle como podía a su entrevistado, y en la entradilla advertía que el embajador había prestado sus declaraciones «cuando todavía no existía la noticia de la reivindicación de la red terrorista de Ben Laden». (Y aunque existiera, daba lo mismo, como se ha escuchado tantas horas más tarde en la radio). Pero adelante. Subrayaba don Carlos Carderera que se había desarrollado en España «una conciencia de que era inútil intentar hablar con ETA, de que son asesinos puros y duros» para concluir que, a su modo de ver, «esa sensación se va a reforzar» después del 11-M. (Carod-Rovira no podrá estar más de acuerdo).

Por otra parte, manteniendo su serena originalidad, don Carlos agregaba cómo «para mí [él] está muy claro que ha sido ETA. No tengo los datos al 100%, pero sí tengo la convicción moral» (una magnífica coincidencia con el candidato Mariano Rajoy, en entrevista publicada por *El Mundo* al día siguiente). Y había más: «Decir que ETA siempre advierte antes de un atentado no es verdad; en

muchas ocasiones no avisó, en otras ha avisado mediante informaciones erróneas para que cuando las fuerzas de seguridad acudieran a desactivarlo el artefacto les explotara en las manos. ETA mató a niños en una casa-cuartel de la Guardia Civil, cometió un atentado en un cementerio mientras se celebraba el aniversario de la muerte de otras víctimas del terrorismo... Por lo tanto, acreditar que ETA es una hermanita de la caridad que pone una bomba y alerta ¡cuidado que va a explotar!, eso no es verdad».

La entrevista merece su entera transcripción porque de otra forma no podría conocerse la definición de las «hermanitas de la caridad» dada por un alto funcionario diplomático español: «suelen poner bombas y alertar ¡cuidado que va a explotar!»... Ésa es, además, la originalidad mayor de la entrevista. Lo que sigue es circunstancialmente falso o tan solamente la plena utilización del concepto neoliberal de libertad de expresión: «las mochilas son exactamente las mismas que la Policía interceptó en Navidades a otro comando de ETA [...] El explosivo utilizado es el que usa ETA, el que han robado hace algún tiempo. Éste es el cuarto intento de un atentado de este tipo (...) Por fin, en el camión que han intervenido hace unos días con 500 kilogramos de explosivo había un mapa en el que uno de los puntos señalados era la estación de Alcalá, de donde salía uno de los trenes. Por lo tanto, todos los datos nos conducen hacia ETA. Y aunque no haya sido, lo que no es válido es el argumento de que ETA siempre avisa antes; eso es ingenuidad o mala fe».

Después se pasa a otros detalles como saber «si otro grupo terrorista ha ayudado. No sé, los grupos terroristas suelen ayudarse entre ellos. Pero que es ETA la que está detrás de esto, para mí resulta clarísimo (...) Lo que hace Al-Qaeda es lo mismo que hace ETA, los terrorismos se asemejan (...) Los que intentan ver algo de bueno en ETA no están con las víctimas, pero sí con los carrascos. En España nadie sensato duda de que ETA es una banda de asesinos».